

Escepticismo: ¿Una virtud epistémica?

María José Frápolli
Departamento de Filosofía I, Universidad de Granada

No siempre la actitud escéptica es una aliada de la ciencia y el sentido común...

1. ¿Qué es escepticismo?

Escepticismo es un término engañoso. De hecho, refiere a dos actitudes diferentes ante el conocimiento, una de las cuales es perfectamente racional y la otra perfectamente irracional. Parte del trabajo que hacemos las filósofas consiste en analizar el alcance de nuestros conceptos. El procedimiento que usamos para ello pasa por identificar qué queremos decir cuando los usamos en intercambios lingüísticos reales. En este artículo me propongo explicitar las diversas acepciones de la palabra *escepticismo* y valorar en qué sentido cierto escepticismo es saludable como parte de nuestra vida racional y en qué otros sentidos ser escéptico puede dar lugar a comportamientos tan irracionales que sean imposibles de mantener. En otras palabras, no siempre la actitud escéptica es una aliada de la ciencia y el sentido común.

Las dos acepciones principales de la palabra *escepticismo* son las siguientes: La primera, a la que llamaré «escepticismo común», es la actitud de quienes exigen argumentos y pruebas para creer en alguna afirmación o teoría. Bien entendida, esta actitud distingue la ciencia de la superstición y permite construir sistemas de conocimiento cohesionados. La segunda, a la que llamaré «escepticismo filosófico», es la posición que niega la existencia del conocimiento en base a la falibilidad humana. Bien entendida, esta actitud subraya la naturaleza provisional de lo que sabemos y nos prepara para aceptar la revisión de nuestras creencias. Mal entendida, es la puerta por la que la religión y otras supersticiones encuentran un resquicio por el que reclamar un lugar en pie de igualdad con la ciencia y el conocimiento. Las dos acepciones están íntimamente relacionadas y es fácil deslizarse desde la razonable desconfianza de quien necesita ciertas evidencias para creer hasta la dogmática posición de quien le niega a la verdad papel alguno. Veremos las dos versiones sucesivamente.

2. Escepticismo común

No podemos creer todo lo que oímos. No podemos creer todo lo que leemos, ni en internet, ni en los periódicos, ni en los libros. Las opiniones son muchas y son libres, pero el camino del conocimiento es duro de transitar. Dudar en principio de todo lo que nos llegue puede representar el ejercicio de la virtud epistémica de la cautela. El vicio epistémico correspondiente es la credulidad o la ingenuidad. En un mundo tan complicado como este en el que vivimos, hacemos bien en poner en cuestión lo que acaba de decirnos el político de turno, lo que le hemos oído al último *streamer* o lo que leemos en uno de los hilos de Twitter que llegan a nuestro teléfono. Estos ejemplos no están elegidos al azar.

La sociedad de internet ha revolucionado el ámbito de la transmisión del conocimiento y la opinión, y no siempre de manera positiva. La democratización del conocimiento —esto es, la democratización del ejercicio de la autoridad que debe investir a un agente epistémico y del reconocimiento del estatus de fuente fiable de conocimiento que otros nos confieren— es uno de los aspectos más beneficiosos que el uso generalizado de internet ha traído consigo. El conocimiento humano está ahora disponible para cualquier persona que lo requiera, algo que nunca ha ocurrido antes en la historia. Con una simple conexión, cualquiera puede encontrar cursos en abierto de las universidades más prestigiosas sobre los temas más variados, asistir a debates entre las mentes más brillantes o conocer los últimos avances en ciencia y filosofía. Además, las personas que tengan algo que decir pueden alcanzar una gran audiencia para sus ideas, simplemente ofreciéndolas en internet a quienes quieran escuchar y debatir. Tampoco estos ejemplos han sido elegidos al azar.

La democratización, que conlleva también agilidad y frescura, tiene su lado negativo, sin embargo.

El acceso generalizado a la difusión ha diluido la categoría de experto. *O eso parece*. En principio, cualquiera puede decir lo que quiera y no hay un filtro que seleccione lo que merece la pena y bloquee lo que no. Así explicado, esto parece la selva de las opiniones. En un contexto como el descrito, la sana actitud del escepticismo común es muy recomendable: por principio, dudo y espero a tener la justificación necesaria para creer.

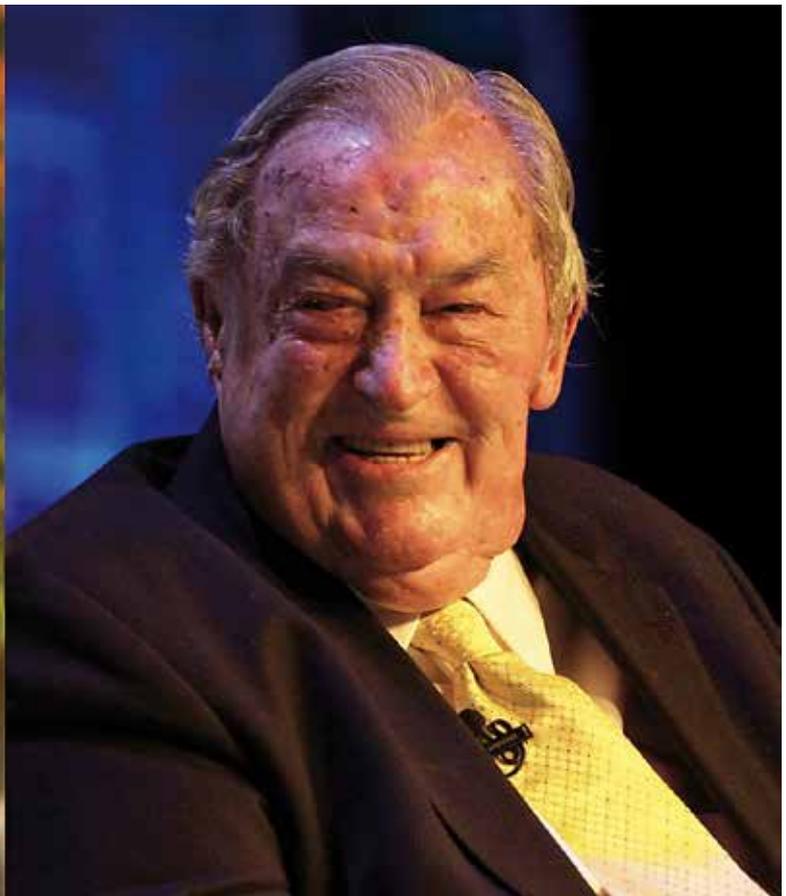
Sin embargo, la imagen de internet como una selva en la que toda teoría pueda florecer es engañosa. El *relato oficial* subraya que nos hemos quedado sin un respaldo institucional a la distinción entre experto y mero opinador, que tanto vale mi conocimiento como tu opinión, que cualquier punto de vista es tan bueno como cualquier otro. Al amparo de este relato catastrofista emergen nuevos términos como «posverdad», «hechos alternativos» o «*fake news*». El nuevo escenario parece aconsejar, pues, una revisión prácticamente completa de los ejes básicos de la epistemología como disciplina y de nuestras prácticas epistémicas.

Si es aconsejable ser cautos y ejercer la virtud del escepticismo común, empecemos por desconfiar de este relato que aparentemente todo el mundo acepta. Hay suficientes razones para poner en duda partes sustanciales del mismo. En primer lugar, el discurso de las *fake news*, la posverdad y los hechos alternati-

vos se basa en una determinada posición ideológica. Esto es, es un relato *político* bien diseñado para diluir el papel de la ciencia y el conocimiento en aras de una revolución política regresiva que producirá individuos más crédulos, menos formados, más manipulables. Pero esta tendencia política no afecta en absoluto al sistema del conocimiento.

Internet es una selva solo para aquellos que no tienen genuino interés en saber. Incluso en la supuesta selva de internet, es relativamente fácil distinguir a los expertos de los charlatanes. Robert Sapolski y Richard Leakey no compiten en pie de igualdad con el último *youtuber* que rechace la evolución humana. Y distinguir entre unos y otros es una tarea asumible, pero para ello hay que ser conscientes de otra premisa básica en la que se basa el conocimiento: su conectividad. Las afirmaciones que defendemos (que la tierra es esférica, que los humanos actuales son el resultado de cientos de miles de años de evolución, que estamos emparentados de manera indirecta con gorilas, chimpancés y bonobos a través de un ancestro común o que vemos la realidad que nos rodea a través de nuestros conceptos) no son independientes del resto de nuestras creencias. Los filósofos nos referimos a la conectividad con términos como *holismo* y *coherentismo*. La conectividad del conocimiento implica que la mayoría de las teorías conspirativas son insostenibles, y que no pueden añadirse al resto de las

Robert Sapolsky (izquierda) y Richard Leakey (derecha), bioantropólogo y arqueólogo, respectivamente, célebres por sus notables aportaciones al estudio de la evolución humana. Imágenes: Internet Archive y Wikimedia Commons



creencias y las prácticas de quienes las mantienen sin constituir un todo contradictorio. No se puede ser terraplanista y subir a un avión, consultar el tiempo que va a hacer durante nuestras vacaciones o utilizar el GPS del coche. ¿Podemos imaginarnos la magnitud de la conspiración que supuestamente estaría detrás de las teorías antivacunas? Todo el sistema sanitario, científico, político, farmacéutico, millones de personas defendiendo la bondad de los procedimientos que permiten resistir a los virus a sabiendas de que son falsos. Se necesita mucha explicación para hacer creíble esta conspiración descomunal.

Por todo ello, el éxito de las conspiraciones hay que buscarlo fuera de la epistemología, en la política, como he mencionado, o en la psicología. Los creyentes en las conspiraciones creen en ellas porque quieren positivamente creerlas, quizá por la necesidad de sentirse parte de algo más grande que ellos mismos, el deseo de pertenencia a un grupo cohesionado, o por el sentimiento de falsa superioridad que permite el espejismo de creerse mejor informados o de ser más listos que aquellos que siempre los han mirado por encima del hombro. Lo que sea que lo explique no es asunto de la epistemología.

Quedémonos pues con una posición más elaborada que la mera duda por defecto. Hay que dudar en principio de aquello que resulta extraño o que choca con otras creencias. Hay que dudar de los individuos cuyo estatuto epistémico de informador fiable no está apoyado por razones. Estas razones pueden ser nuestra historia común con el individuo en cuestión, sus credenciales académicas o un discurso sólidamente fundamentado en datos y argumentos, entre otras. Pero dudar de todo por principio es irracional. Afortunadamente, no lo hace nadie. Ni siquiera los defensores más convencidos del escepticismo común.

3. El escepticismo filosófico

El escepticismo filosófico adopta formas diversas. En su versión más radical, es la teoría filosófica que rechaza la posibilidad del conocimiento al negar a los

agentes humanos la capacidad de llegar a la verdad, esto es, de discernir entre apariencias y realidad.

La manera de razonar en dicotomías es muy común en filosofía, en política y en la vida corriente. *O yo o el caos. Los que no están conmigo están contra mí.* En nuestro tema, el razonamiento dicotómico toma la forma del eslogan *quien no es un escéptico es un dogmático*. Y claro, nadie quiere que lo tilden de dogmático. En el campo de la epistemología el dilema se convierte en trilema, el llamado trilema de Agripa o de Münchhausen: el conocimiento no es posible porque el proceso de la justificación o se extiende infinitamente, o se mueve en un círculo, o se detiene en una afirmación no justificada. Ninguna de las tres opciones es aceptable.

Cuando el tipo de argumentación que utilizamos sistemáticamente nos aboca a una situación imposible, lo razonable es preguntarse qué falla. Puede ser el razonamiento mismo o pueden ser algunas de las premisas de las que partimos. En el caso del escepticismo filosófico es una mezcla de ambos. El escepticismo filosófico descansa en el error argumentativo de la generalización injustificada. Este error consiste en suponer que, porque algo ocurre en ciertos contextos en ciertos momentos, tiene que ocurrir en todos los casos y a la vez. *Si algunas veces los sentidos nos engañan y vemos partido el palo sumergido en el agua, entonces no podemos confiar en nuestros sentidos.* Además, es una consecuencia de la idea de que los seres humanos estamos desconectados del mundo que nos rodea, que no es más que el decorado de nuestras actuaciones. La asunción de que el conocimiento es fundamentalmente teórico y que el conocimiento práctico es meramente derivado es una tercera fuente que alimenta el escepticismo filosófico.

Pero el caso es que sabemos muchas cosas, aunque no lo sepamos todo. Sabemos que el mundo no empezó ayer, que cuando abra la puerta la calle seguirá estando ahí, que el agua es un fluido que quita la sed, que España es una monarquía parlamentaria. Algu-

Internet es una selva solo para aquellos
que no tienen genuino interés en saber.
Incluso en la supuesta selva de internet, es
relativamente fácil distinguir a los expertos de
los charlatanes

nas de las cosas que sabemos están tan asociadas al marco teórico y lingüístico en el que vivimos que no pueden ni ponerse en duda ni justificarse. Son lo que Wittgenstein llamaba «proposiciones gozne» (*hinge propositions*). Sabemos una cantidad enorme de cosas que nos permiten vivir en el mundo y en sociedad. Es verdad que algunas cosas que creíamos saber han resultado falsas, pero eso no invalida la ingente cantidad de conocimiento que ponemos en juego incluso en nuestras acciones más nimias.

Adoptar el disfraz de filósofo (presocrático, socrático, moderno o posmoderno) y declararnos escépticos acerca de todo no nos convierte en sujetos epistémicos más sofisticados. Al contrario, indica falta de análisis y comprensión de la realidad, porque solo podemos detectar los errores contra el trasfondo del conocimiento verdadero.

La posibilidad de que algunas de nuestras creencias resulten ser falsas no hace razonable que las coloquemos en pie de igualdad con otra serie de creencias para las que no tenemos la mínima evidencia racional, y que son frecuentemente incompatibles con lo que sabemos. Con lo que sabemos, sí, porque si nuestras creencias básicas fueran completamente falsas, el *Homo sapiens* se habría extinguido, como lo hicieron otras especies, y ninguno de nosotros resistiría un día normal. Si la mayoría de nuestras creencias fueran falsas, no podríamos dar un paso ni como individuos ni como especie.

4. Los riesgos de la actitud no comprometida

Hay que tener cuidado con estas posiciones superintelectualizadas y aparentemente más elaboradas que la supuesta simplicidad de las personas corrientes. Hay que tener cuidado, porque las religiones de todo tipo usan las evidentes debilidades de las versiones desenfrenadas de la modestia epistémica a su favor. Si la ciencia no lo sabe todo, se argumenta, ¿cómo podemos saber que Dios no existe, o que el universo no fue creado, o que no hay vida después de la muerte, o que no nos visitan seres de otras ga-

laxias? Si la ciencia defendió en algún momento de la historia que la Tierra es el centro del universo, que el espacio es plano o que el infinito es matemáticamente intratable, ¿por qué no podría ocurrir que en el futuro descubriéramos que la concepción científica del mundo es falsa y que, después de todo, el relato bíblico es correcto? Si la ciencia es falible, ¿por qué rechazar el creacionismo? La «actitud científica» de dudar de todo y evaluar todos los argumentos debería aplaudir el debate entre creacionistas y evolucionistas, entre defensores de la medicina y defensores de la homeopatía. En esta trampa caen con demasiada frecuencia los intelectuales y sus instituciones, incluidas las universidades.

No hay que evaluarlo todo, solo aquello que tiene credenciales sólidas y que puede, aun con ajustes, incorporarse al sistema global del conocimiento. No cualquier narrativa puede añadirse al relato científico para rellenar sus huecos. La ciencia promueve una actitud modesta y asume la falibilidad humana, pero construye a partir del conocimiento aceptado. Solo es racional dudar de lo que sabemos cuando entra en conflicto con otras posiciones que nos parecen en principio verosímiles.

No lo sabemos todo, pero sabemos mucho. Mucho de lo que sabemos podría ser falso, pero una parte relevante constituye conocimiento verdadero. Esta es la auténtica actitud antidogmática. Dudar de todo, por el contrario, incluso si fuera posible, nos colocaría fuera de la comunidad de los seres racionales. Además, la defensa teórica del escepticismo generalizado, común o filosófico, nos deja sin argumentos contra la pseudociencia. No les hagamos el juego. No hay ninguna razón, una razón que resista un análisis racional, para comprar la agenda política de los que quieren devolvernos a una época de superstición, en la que el autoritarismo sustituya a la democracia y el relato de la falsa libertad vuelva a dejarnos sin derechos.

Dudar de todo por principio es irracional.
Afortunadamente, no lo hace nadie. Ni siquiera los defensores más convencidos del escepticismo común